

LAURA ALCOBA

LA CASA
DE LOS CONEJOS

Traducción Leopoldo Brizuela

Prólogo de Daniel Pennac



a Diana E. Teruggi

Un recuerdo, amigo.

Solo vivimos antes o después.

Gérard de Nerval

El libro de los silencios

La Historia pasa, los símbolos permanecen. En la Argentina de hoy, símbolo son las madres y las abuelas de la Plaza de Mayo. Giran en esa plaza vacía. La obstinación, el coraje, la memoria y la maternidad giran en torno al inmenso vacío dejado por quienes jamás volverán a pisar esa plaza. ¿Dónde están nuestros hijos? ¿Cómo los mataron? Y los hijos de nuestros hijos, ¿qué hicieron con ellos? A esas preguntas mudas, los asesinos uniformados responden con el silencio. Madres y abuelas giran alrededor del silencio de unos asesinos uniformados.

Silencio de esa ronda, silencio de los asesinos, silencio de la Plaza de Mayo.

La casa de los conejos, es el libro de otro silencio, el de la pequeña Laura Alcoba. El silencio que la clandestinidad impone a esa niña que, de un día para otro, ya no debe decir su nombre. A la edad en que hablar es una fiesta, una niña descubre de repente que su palabra puede derribar su mundo, provocar la muerte de su padre y de su madre, reducir a la nada

su escondite —la casa de los conejos— con todos sus habitantes. De ahora en adelante, tendrá que aprender a hablar sin decir nada. Nada a los desconocidos, nada a los vecinos, nada a las compañeritas del colegio religioso (donde hablar ya es casi un pecado). Pero a la edad en que hablar es celebrar los descubrimientos de cada día, callarse es morir para uno mismo y, en el caso de la pequeña Laura, morir para el castellano natal.

El renacimiento de Laura tendrá lugar cuando el exilio, con el aprendizaje de otro idioma. Un idioma nuevo, que no pone en peligro, donde la niña puede recobrar su inocencia diciendo lo que quiere, como quiere, en donde quiere, a quien quiere, sin arriesgar la vida de nadie. Así es como Francia acunó a la escritora Laura Alcoba, de palabras tan precisas, de escritura tan clara. Es lo primero que me llamó la atención hace diez años, cuando leí *La casa de los conejos*, por primera vez: la precisión de esa escritura. Y es lo que siento cada vez que escucho a su autora hablar: la claridad de su voz. Esa voz tan cristalina que venció a todos los silencios.

Volver a llevar *La casa de los conejos* al castellano en ocasión del décimo aniversario de su publicación, es celebrar de la manera más bella el reencuentro de Laura con Alcoba.

Daniel Pennac

Te preguntará, Diana, por qué tardé tanto en contar esta historia. Me había prometido hacerlo algún día pero más de una vez terminé por decirme que aún no era el momento.

Había llegado a creer que lo mejor sería esperar a hacerme vieja, e incluso muy vieja. Ahora la idea me resulta extraña pero durante mucho tiempo estuve convencida de ello.

Tenía que esperar a quedarme sola, o casi.

Esperar a que los pocos sobrevivientes de esta historia ya no fueran de este mundo —o que estuviesen a punto de abandonarlo— para atreverme a evocar este breve retazo de infancia argentina sin temor de sus miradas y de cierta incomprensión que creía inevitable. Temía que me dijeran: “¿Qué ganás removiendo todo aquello?”. Y me abrumaba la sola perspectiva de tener que explicar. La única salida era dejar hacer al tiempo, alcanzar ese sitio de soledad y liberación que, así lo imagino, es la vejez. Es exactamente eso lo que yo pensaba.

Pero, un día, ya no soporté más la espera. De pronto, ya no quise esperar a estar tan sola ni a ser tan vieja. Como si no me quedara tiempo.

Ese día creo que se corresponde con un viaje que hice a Argentina, con mi hija, a fines del año 2003. Allí busqué, encontré gente. Empecé a recordar con mucha más precisión que antes. El tiempo había obrado más rápido de lo que había imaginado: a partir de entonces, contar se volvió una urgencia.

Aquí estoy.

Por fin voy a evocar toda aquella locura argentina, todos aquellos seres arrebatados por la violencia. Me decidí a hacerlo porque muy a menudo pienso en los muertos, pero también porque sé que no hay que olvidarse de los sobrevivientes. Más aún, ahora estoy convencida de que es imprescindible pensar en ellos. Esforzarse por hacerles, también a ellos, un lugar. Eso es lo que tardé tanto en entender, Diana. Sin duda por eso demoré tanto.

Pero antes de comenzar esta pequeña historia, quisiera hacerte una última confesión: si al fin hago este esfuerzo de memoria para hablar de la Argentina de los Montoneros, de la dictadura y del terror desde la altura de la niña que fui, no es tanto para recordar como para ver si consigo, después, olvidar un poco.

1

La Plata, Argentina, 1975

Todo comenzó cuando mamá me dijo: “Ahora, ¿ves?, nosotros también vamos a tener una casa con tejas rojas y un jardín. Como vos querías”.

Hace ya varios días que vivimos en una casa nueva, lejos del centro, a orillas de los inmensos terrenos baldíos que rodean La Plata —esa franja que ya no es la ciudad ni es, aún, el campo—. Frente a la casa hay una antigua vía de ferrocarril fuera de uso, desechos abandonados, por lo visto, hace ya mucho tiempo. Cada tanto, una vaca.

Hasta hace muy poco vivíamos en un pequeño departamento, en una torre de hormigón y vidrio de la Plaza Moreno, justo al lado de la casa de mis abuelos maternos, frente a la Catedral.

Más de una vez soñé en voz alta con la casa en la que me hubiera gustado vivir. Una casa con tejas rojas, sí, y un jardín, una hamaca y un perro. Una casa como esas que se ven en los libros para niños. Una casa como esas que me paso el día dibujando, con un

enorme sol muy amarillo arriba de todo y un mace-tero con flores junto a la puerta de entrada.

Tengo la impresión de que mamá no me enten- dió bien. Referirme a una casa de tejas rojas era tan solo una manera de hablar. Las tejas podrían haber sido rojas o verdes. Lo que yo quería era la vida que se lleva ahí dentro. Padres que vuelven del trabajo a cenar, al caer la tarde. Padres que preparan tortas los domingos siguiendo esas recetas que se encuentran en libros de cocina gordísimos y llenos de fotos. Una mamá elegante con uñas largas y esmaltadas y zapa- tos de taco alto. O botas de cuero marrón y, colgando del brazo, una cartera haciendo juego. O sin botas, pero con un gran tapado azul de cuello redondo. O gris. En el fondo no era una cuestión de color, no, ni en el caso de las tejas, las botas o el tapado. Me pre- gunto cómo pudimos entendernos tan mal. O será que ella finge creer que mi sueño es solo una cues- tión de jardín y de color rojo.

Además, era un perro lo que yo más quería.

O un gato. Ya no sé.



Mamá se decide finalmente a explicarme, a grandes rasgos, lo que está pasando. Tuvimos que dejar nues- tro departamento, dice, porque a partir de ahora los Montoneros van a tener que esconderse. Es necesario porque ciertas personas se volvieron muy peligrosas:

son los miembros de los comandos de la Triple A, la Alianza Anticomunista Argentina, que “levantan” a los militantes como papá y mamá y los matan o los hacen desaparecer. Por eso tenemos que refugiarnos, escondernos, y también resistir. Mamá me explica que eso se llama “pasar a la clandestinidad”. “A partir de ahora vamos a vivir en la clandestinidad.” Eso, exactamente, es lo que dice.

La escucho en silencio. Entiendo lo que mamá me dice, pero tengo una pregunta: la escuela. Si vivimos escondidos, ¿cómo voy a hacer para ir a clase?

“Para vos, todo va a ser como antes. Con que no digas a nadie dónde vivimos, ni siquiera a la familia, suficiente. Todas las mañanas te vamos a subir al micro. Vas a bajar solita en Plaza Moreno: ya conocés el lugar. El colectivo para justo en la puerta de los abuelos. Ellos se van a ocupar de vos durante el día. Y ya veremos la manera de pasarte a buscar a la tardecita o a la noche.”



Estoy sola en un colectivo radiante, todo decorado de motivos rojo y plata, pero no por eso menos destartalado y bamboleante. Las manos gruesas del chofer aferran un volante forrado con alfombra de color verde y naranja. A su izquierda, como en casi todos los colectivos, cuelga una foto de Carlitos Gardel, con su eterno pañuelo blanco al cuello y su

sombrero ligeramente inclinado sobre los ojos. Más allá, una imagen de la Virgen de Luján, esa diminuta señora apenas visible bajo su manto celeste con arabescos de oro, aplastada por una corona de piedras preciosas, ensartada en los gruesos rayos que emite su propio cuerpo glorioso. Hay también calcomanías para advertir a los pasajeros que el chofer es “hincha” de Gimnasia y Esgrima de la Plata. Y para que no haya dudas, colgó un banderín de flecos desteñidos en el respaldo de su asiento. En cuanto a la franja autoadhesiva con los colores de la bandera argentina, en la parte superior del parabrisas, esa sí es idéntica a la que pegan todos los colectiveros de la ciudad, ya sean de Estudiantes o incluso de Boca Juniors, el gran club de fútbol de Buenos Aires.

En el barrio donde vivimos ahora, la calle está como bombardeada de baches hondísimos entre los que el colectivo y los autos tratan de encontrar el camino más liso posible. Por suerte, los barquinazos no son tantos a medida que nos acercamos al centro y a la Plaza Moreno.



Del escondite que hay en el cielorraso no voy a decir nada, prometido. Ni a los hombres que puedan venir y hacer preguntas, ni siquiera a los abuelos.

Papá y mamá esconden ahí arriba periódicos y armas, pero no tengo que decir nada. La gente no sabe

que a nosotros, solo a nosotros, nos obligaron a entrar en guerra. No lo entenderían. No por el momento, al menos.

Mamá me habló de un nene que había visto el escondite que sus padres camuflaban detrás de un cuadro. Pero se habían olvidado de explicarle hasta qué punto es importante callar. Era un nene muy chiquito, apenas sabía hablar. Seguramente habían creído que no era necesario, que no podía decir nada a nadie o que, de todas maneras, no podría comprender sus advertencias.

Cuando llegaron los hombres de la policía, revolviéron todo pero no encontraron nada. Ni una sola arma, ni una revista comprometida, ni siquiera un libro prohibido. Y eso que hay muchos, muchísimos libros en su lista... Pero nada de lo que veían en la casa podía considerarse “subversivo”. Y es que a nadie de aquella patota se le había ocurrido, claro, mirar detrás del cuadro.

Cuando ya estaban por salir, casi en el umbral de la puerta de calle, uno de los hombres volvió sobre sus pasos. De pronto se había dado cuenta de que durante toda la requisa, el nene aquel, ese bebé que sabía apenas unas pocas palabras, había señalado el cuadro con el dedo diciendo a media lengua “¡Ahí! ¡Ahí!” El hombre descolgó el cuadro. Los padres están presos ahora, todo por culpa de ese nene que apenas sabía hablar.

Pero mi caso, claro, es totalmente diferente. Yo ya soy grande, tengo siete años pero todo el mundo dice

que hablo y razono como una adulta. Los hace reír que sepa el nombre de Firmenich, el jefe de los Montoneros, e incluso la letra de la marcha de la Juventud Peronista de memoria. A mí ya me explicaron todo. Entendí y voy a obedecer. No voy a decir nada. Ni aunque me hagan daño. Ni aunque me retuerzan el brazo o me quemem con la plancha. Ni aunque me claven clavitos en las rodillas. Yo ya entendí hasta qué punto callar es importante.



Por fin llego a la casa de mis abuelos. Una vez más, me recibe la voz de Julio Sosa. Mi abuelo escucha tangos cada mañana antes de irse a Buenos Aires, donde tiene su estudio.

Mi abuelo es abogado, pero no está en nada de política. No, él no quiere líos. Desde siempre defiende a contrabandistas, falsificadores, estafadores de todo tipo. Siente una profunda ternura por esos atorrantes que suelen profesarle, a su vez, una especie de gratitud fraternal. Es verdad que un día uno de ellos, huésped temporario de su casa, desapareció llevándose la bañadera. Pero en lo de mi abuelo todos entienden que se haya dejado tentar. Era una bañadera hermosa, de mármol, una verdadera pieza para coleccionistas. Prueba, sin duda, de que el hombre conocía su oficio.

Pero por lo demás, de esos muchachos (más allá del disgusto de haber tenido que conformarse con la ducha

y de ver esfumarse unos cuantos objetos de valor, aquí y allá) no hay nada que temer. Mi abuelo siempre ha pensado que los pequeños tráfugas son “hombres de honor”. Salvando ciertas tribulaciones más bien cómicas, cuyo relato, siempre enriquecido de circunstancias y pormenores nuevos, corona casi todos los almuerzos dominicales —las numerosas hermanas de mamá se libran, a lo largo de la tarde, a verdaderas batallas oratorias: a ver quién describe con mayor gracia el papel disparatado que uno u otro de estos sinvergüenzas se atrevieron a interpretar en la casa de su protector, cuando este tuvo la gentileza de recibirlos—, más allá de eso, digo, nadie tuvo jamás de qué quejarse. Por el contrario. Si no se van con una bañadera bajo el brazo, los clientes de mi abuelo están dispuestos a volverse útiles en caso de necesidad —son expertos en el bricolaje de lo cotidiano, virtuosos componedores de la dura existencia. Pero no tienen nada que ver con la política. No quieren poner el mundo patas arriba. Solamente hacer malabares con las cosas como son. Lo que asusta a mi abuelo son las personas que pretenden que todo cambie.



Estamos por salir para la escuela con mi tío Luis, el hermano menor de mamá, mi abuela y mi tía Sofía.

Sofía está mal de la cabeza pero delante de ella no hay que tocar el tema. Es como una nena. Apenas sabe escribir.